AÑO XXVII. — Nº 1362.

EL DIA

MONTEVIDEO, 22 DE FEBRERO DE 1959.

Suplemento Dominical fundado por Don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932



POR LA CARRETERA HACIA EL ESTE.
(Fotografía Juan Caruso)

Montañas de sandías al borde del camino despiertan la sed y ponen un brillo de gula en los ojos. El hombre que las vende, acercará a nuestra boca, ensartado en su propia cuchilla filosa, la pulpa roja, corazón dulce que sangra



La magia transparente del Solís Grande nos seduce.

Por la carretera, hacia el Este

EL largo, viejo, y esplendente verano, invita a partir. ¿Adónde? No lo sé. Lejos. Lejos de todo y de todos. Lejos de la ciudad. De sus multitudes feroces. De sus edificios de piedra, de sus calles de asfalto, de sus fríos corazones mercantilistas.

Al dorado verano no le cae bien la ciudad. El hechicero huésped, clama por campos verdes, por aquietadas lejanías azules, por frondas oscuras, por carreteras que nos lleven al mar, ese gigante fresco y gruñón, que al borde del mundo, araña a la tierra con sus uñas de agua y espuma.

Pocas son las rutas del Uruguay que esplenden con el caleidoscopio mágico de los caminos, que conducen a las tierras atlánticas del Este.

Subamos a cualquier automóvil y vámonos para allá. Es domingo. O un día como otro cualquiera que no sabemos lo que puede traer. El sol quema. Toda la luz del mundo y ni un solo ruido. Si. Uno. El canto de un pájaro en el cercano naranjal. ¿Será un ruiseñor? Sólo es un mirlo que vuela presuroso al castillete de hierro de una noria vieja. El silencio otra vez. La tarde naciente avanza. ¡La siesta! Un labrador solitario se entrega a su noble ministerio agrícola, desgarrando la tierra negra que nos da todo: pan, casa y vestido. La carretera se alarga monótona, limpia, sin una hierbecita, como un maravilloso camino, que no termina nunca. En lo alto, las nubes se desplazan con la carne en hilachas, henchidas de abundante lluvia. Una ligera brisa las empuja, y alrededor de nuestro automóvil que corre, orea los campos. Luego se ensancha, y es como si aprisionara el mundo

La carretera siempre adelante, como el delgado trazo de un lápiz que movieron los dioses sobre el inquieto universo. A ambos lados del camino el campo. ¡Qué maravilla! Nuestros campos nativos tienen una poesía bucólica de la que emana una extraña paz. Yo he visto pocas zonas rurales en mi vida. Algo del Brasil. Un poco de Puerto Rico. Algo más de Argentina. Y después algo de los campos del Norte y del Sur de los EE.UU. Eso es todo. Dos cosas me quedaron grabadas: la abrumadora belleza de la Pampa argentina con sus estrellas grandes como platos, y los campos trigueros de Minnesota, donde entre los hombres que labran la tierra, florecen esmaltados los lirios de que habla la Biblia.

Pero amo al campo de mi país. Quiero las generosas tierras del Este y del Oeste, las del Norte y las del Sur. Y si fuera Walt Whitman, le cantaría sobre todo, a estos campos nativos, que en el crepúsculo cobran ese resplandor extraño y misterioso, esa tristeza incompartida de los desolados pájaros que sufren, esa misma tristeza que pulsó Fabini en las cuerdas de su música gaucha.

Pero ahora, es algo más que el mediodía, y es verano y el campo corre con nosotros, ríe con su risa verde. El auto sigue la dictatorial dirección que le imprime el camino. Aquí se ven viñedos. Más allá un peral. Otros viñedos. Girasoles. No bien se llega a las arenosas tierras de Carrasco conviene detenerse. Montañas de sandías nos pondrán un brillo de gula en los ojos. Y un hombre laborioso, que se gana la vida vendiendo los ricos frutos que le proporcionan la dedicación y el trabajo, acercará a nuestra misma boca, ensartado en su propia cuchilla filosa, la pulpa de la fruta, el corazón dulce que sangra su sangre roja de sandía.

Después sigue el camino que va enhebrando en su itinerario un rosario de prósperos y florecientes balnearios: desde San José de Carrasco a Mar India. Luego es Atlántida con su opulento perfume peregrino de pinos y eucaliptos. Y si aquí tomamos el rumbo de la ruta 8 que nos conduce a Soca, haremos un ligero paréntesis que impone nuestra boca sedienta.

Y otra vez de nuevo la carretera. Los campos renovados. Los árboles. Los animales. Las casas. La leve sombra de los cerros que atesiguan en el horizonte la presencia del Balneario Solís, y que si bien parecen al principio la parte lejana de un sueño, se convierten en delirante y ubérrima evidencia, cuando nuestro automóvil cruza los dos ríos hermanos de la zona, en un tramo de la carretera que se orla de penachos de palmas que parecen fileteados por un regocijado orfebre florentino.

Es cosa buena reducir la velocidad a partir de este momento en nuestro viaje. Jamás es tiempo perdido. Los ojos engolosinados requieren más tiempo para familiarizarse con los cerros imprevistos que van surgiendo empapados como en húmedas tinieblas de vino. Otros son de color carey. Los hay de furiosa vegetación esmeralda y los hay secos, sin sorpresas puestos allí como un golpe de escenografía.

Pasando por Piriápolis se acentúa la delicia del viaje, parece más acogedora la estada. Entre las sierras cuelgan casas blancas del aire, se ven injustificados torreones feudales, se percibe la torrecita blanca de una iglesia emboscada. Todo invita a quedarse, pero el largo camino sigue y nosotros con él.

Ya en Solana del Mar, el automóvil va bordando una filigrana entre el abigarrado tránsito de bicicletas, vespas, y autobuses, que corren hacia el polo imantado de la vecina localidad de Punta del Este.



Luego el camino bordea la eternidad sin sosiego del mar.



Plantas, animales y cerros, tres elementos decorativos del paisaje que vamos descubriendo.

Desde el balcón de la Sierra de la Ballena, una sin par visión del mundo geográfico.

La Solana, más que una playa, es un jardín. En sus bosques fragantes alternan por igual entre multitudes de pinos marítimos, los oleandros y los astromelios. Los caminos sinuosos que partes de la carretera a la playa, son azules paredes de hortensias.

Cerro arriba, llegamos al fin al "lomo" de la Sierra de la Ballena, que parece que sube hasta el cielo celeste. La evidencia nos indica la cuesta hacia abajo. Pero la naturaleza decorativa que se aprecia desde esta cumbre, merece que nos detengamos. La visión es ciertamente grandiosa. Sólo Murnau en "Tabú" pudo recoger una visión parecida del mar. Los altos pinos y los delgados cipreses por entre los cuales se escapan las nubes, enmarcan la playa del Portezuelo, la laguna del Sauce, y los bosques inenarrables de Lussich.

Desde este verdadero mirador, que es una cornisa labrada en la roca viva, los dioses deben sonreir, cuando miran al mundo.

La carretera avanza ahora entre vecinos que congenian: de un lado el mar (que no es un mar cualquiera sino el Atlántico) del otro los pinos que forman un muro altísimo, del cual empiezan a surgir fabulosas mansiones con flores en las ventanas y rejas de hierro.

La carretera cruza Las Delicias y avanza urbana hacia el más famoso balneario de nuestra costa de playas. Los hoteles de Punta del Este están a la vista. Edificios. Carteles. Corrillos de gente con ropa multicolor que van o vienen de las playas. Grupos juveniles: una estrella roja sobre un sweter blanco, pantaloncitos ceñidos descubren las largas piernas tostadas de jóvenes muchachas. Vida social. Bicicletas. Vespas. Automóviles y otra vez automóviles. De nuevo la civilización. Otros edificios de piedra, otras calles de asfalto, otros fríos corazones mercantilistas. Cíclicamente, el viaje ha terminado.

J. R. CRAVEA.

(Especial para EL DIA.)



Surgen río y arroyos nativos en nuestro camino.



En Piriápolis el estallido oropelesco de los cerros de ubérrima vegetación.

UN NOVELISTA URUGUAYO

SE ha convertido ya en lugar común calificar a nuestro medio de sordo y sórdido ante la creación artística. Parecería que arte y letras no importan al común de la gente uruguaya. Nosotros no somos tan pesimistas, aunque es cierta la sordera y sordidez de la gente de todas las latitudes ante la vida del espíritu. Pero si corresponde a una minoría el trabajo de creación y recreación cultural, es también minoritaria la gente que se considera con obligaciones frente a la cultura. Esa minoría existe también en el Uruguay. Desde luego una pequeña minoría, tan pequeña, que no agota ediciones de quinientos ejemplares ni puede darse el lujo de sostener la actividad creadora de un centenar de músicos, pintores, escultores, etc. En realidad Uruguay es una provincia americana, con morosidades provincianas, lo que si tiene sus inconvenientes para el esplendor cuantitativo, guarda sorpresas cualitativas que sólo en ambientes de provincia pueden darse, como en los casos de Acevedo Díaz, Horacio Quiroga, Florencio Sánchez, Rodó, Delmira Agustini, Herrera y Reissig, Figari y Fabini.

Pero los artistas y críticos no tienen derecho a lamentarse de la sordera y sordidez oficial y pública del medio, pues entre ellos se comportan también sordos y sórdidos. ¿Dónde está la voz de aliento de un artista o escritor para otro? ¿Dónde la crítica comprensiva que más que a la adulación o a la negación tenga por objeto dar a conocer el trabajo de sus compañeros de tarea? Cuidado con señalar lo que consideramos defecto de una obra pues el autor se creerá ofendido y nos contestará airado, y cuidado con recomendar lo que consideramos sus excelencias, pues los otros lo considerarán como ofensa a su obra, todo muy provinciano, aldeano casi, y paulatinamente se va apagando la creación crítica, aumentando así el caudal de la sordera y sordidez pública y oficial, en torno a las letras y a las artes.

Este aldeanismo creemos es la causa de que Malinow no figure —o rara vez figure— en las informaciones sobre la narrativa uruguaya. Siempre nos ha sorprendido el silencio que se hace en torno a su nombre y a su obra. Ni la cantidad ni la calidad de los libros publicados justifican el silencio. Nueve libros, de ellos siete novelas, son suficiente obra para situar a un autor en el movimiento literario de su medio, y aunque difícilmente la crítica hace justicia, pues frecuentemente suele pecar por exceso o por defecto, la peor ignorancia es ignorar a un autor porque no forme parte de un corrillo artístico o literario de los que perduran en nuestro aldeanismo espiritual.

La primera característica de Malinow es su independencia, hija —peregrina con tradición— de su humildad, lo que origina a la vez su soledad. ¿Insociable? No, muy sociable, cordial y solidario, sobre todo cordial, hasta caer en la ingenuidad. Cree en el hombre y en los hombres, y esa su fe da a su tipología narrativa el calor de hombre que caracteriza a sus escritos. La obra de Malinow se halla nimbada de una mística del hombre. Pero... ¿Cómo son sus tipos? En primer lugar, tengamos en cuenta, que los tipos humanos, al incorporarse a la literatura, suelen hacerlo a través de escuelas o ismos. Tal tipo corresponde al romanticismo, tal otro al naturalismo, el de más allá al psicologismo, el de más acá al surrealismo, etc. El lector, simple lector que lee sin cánones, por el placer de leer, no sabe nada de esto y goza, sufre o se aburre, pero el lector académico, que suele ser un gran vanidoso, goza, sufre o se aburre antes de empezar a leer, aunque es frecuente que comente la obra sin leerla, como aquel alemán que reía los chistes, no según su gracia interior sino según estadística matemática a priori que los agrupa numeralmente.

A Malinow no hay que catalogarlo, es preciso leerlo, y como hoy ya es difícil que se lean libros, de ahí la ignorancia en que se tiene a su obra. Lo que caracteriza a la tipología literaria de Malinow es, ser personajes que se plantean, tácita o expresamente, lo que deben hacer ante el enigma del destino de sus vidas. Es la característica de la buena literatura de acción o de aventura. Homero, en su "Odisea", primera gran novela del género, nos describe a Ulises como tipo de tal condición humana, y Daniel Defoe, en "Robinsón Crusoé", plantea precisamente ese problema, lo que debe hacer el hombre en determinadas circunstancias de su vida, de ahí el papel educativo que le asignaba Rousseau. Toda la buena literatura de ese género se



El novelista uruguayo A. B. Malinow.

rige bajo el signo de la voluntad, aunque muchas veces la voluntad sea doblada por el fatalismo. Recordemos los cuentos selváticos de Horacio Quiroga y comprobaremos el mismo estilo; los hombres se hallan inmersos en la naturaleza pero en ella se mueven volitivamente, hasta diríamos como parte volitiva de la naturaleza. La desgracia los anulará, acabarán, es fácil, trágicamente, pero ellos habrán cumplido su deber natural. Ese aspecto psicológico lo observamos en los mejores: Stevenson, Kipling, London, Conrad, Cendrars, Rivera, Gallegos. Ni, a nuestro entender, el más grande de todos, Conrad, cuyo misterio y lógica corren a la par en el determinismo de la trama novelística, escapa al deseo voluntarioso de afirmar a sus personajes más allá de la lógica y del misterio. Es también el tono de la buena literatura naturalista, esencial por definición, que ha reemplazado definitivamente la literatura existencial que se anunciaba plenamente en André Gide.

Si pasamos revista a la tipología literaria de Malinow, hallaremos esa misma decisión. Parece que en él se ha hecho carne lo que Schopenhauer llama en su célebre tratado "El mundo como voluntad y representación". Así, por ejemplo, en "Los Perdidos", cuyo primer cuento es una alucinación de pasiones, odios y sangre; así también en el Ric de su novela "Richard Allan"; así en el Jean de "Cuando el alma agoniza"; lo mismo el personaje que al final de "La Ilusión de Vivir" se interroga sobre la última contradicción del destino; y el Julián de "Un puente sobre el río".

Malinow padece también del mal metafísico. Sus criaturas son de voluntad, mas también de pesadumbre. En nuestro prólogo a su novela "La Ilusión de Vivir", decimos: "...la última novela de Malinow pertenece al género de novela-ensayo. Por ese derrotero van Albert Camus en Francia, Aldous Huxley en Inglaterra, inclusive el mismo Waldo Frank en Estados Unidos, y el más grande de todos, Thomas Mann, en Alemania. Al lector avisado, tanto como el drama del personaje, le interesa y preocupa la circunstancia condicionadora del drama. El hombre no es un ser aislado del devenir de su medio, está inmerso en ese mundo que Ortega y Gasset denominaba de "las cosas mudas que están en nuestro próximo derredor". El complejo de las cosas, y los hechos y las ideas que suscitan contempladas y meditadas".

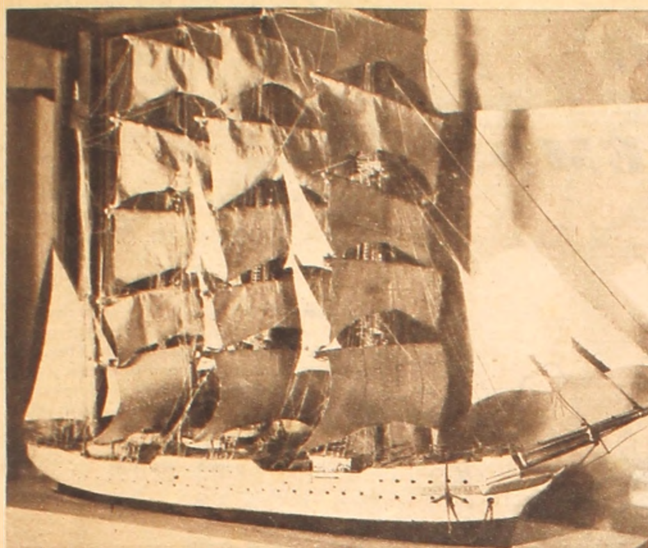
Malinow vive recreando la contradicción de nuestro tiempo, lo que se ha convenido en llamar "crisis de valores", en la que los hombres no saben afirmar su personalidad sino contra algo o alguien. Habiendo desaparecido del horizonte vital de la humanidad el deseo de construir un mundo mejor, se llena el vacío con un contenido de odio de oligarquías y clases Si meditamos un poco comparando el proceso histórico de nuestro tiempo con el del post-renacentista, podemos comprobar que, siendo idénticos en su infraestructura, son muy diferentes en la superestructura. La dominación de ayer mantenía un propósito de salvación para todos, aunque esto mueva a risa ante la trágica situación de los vencidos en todos los tiempos, pero la dominación de hoy es de eliminación de los vencidos por los vencedores. Malinow vive centrado en esta corriente metafísica, por lo que sus novelas tienen densidad. Tanto como el acontecer, lo que vibra en ellas es el ser de sus criaturas, aunque algunas veces su ingenuidad, la del autor, da un aire demasiado frágil a sus personajes.

Sus inquietudes metafísicas no le inhiben su militancia fijando posición en la pugna entre democracia y totalitarismo, o acaso por su inquietud metafísica su militancia es más profunda. La gran fe que Malinow tiene en el hombre y en los hombres le obliga a una gran fe en los principios que justifiquen la supervivencia del hombre. Principios que suelen zozobrar bajo las tradicionales palabras de Libertad, Igualdad y Fraternidad, palabras traicionadas casi siempre por los fuertes, y vueltas a enarbolar como banderas por los débiles, dando voluntad ideal a la historia. Malinow no es un denunciante de la injusticia en abstracto sino en concreto. Se sitúa ante los conceptos como realidades vivas. Por ejemplo, he aquí lo que dice del origen de la angustia política de nuestro tiempo: "La guerra civil española, fue el campo de batalla incipiente de la segunda gran guerra mundial. Pero, ¿cuándo gobernantes tiránicos y despiadados, piensan en el sufrimiento y el dolor de los pueblos, al desatar una guerra? Para el general Franco, acostumbrado a guerrear en Marruecos y Mussolini y Hitler, acostumbrados a luchar en sus propios territorios, el incendio de España y el sufrimiento de hombres, mujeres y niños, no significaba más que algunas briznas de paja que estorbaban sus planes de dominio del mundo".— "El pueblo, el heroico pueblo de España, tuvo que pagar un tributo de millares de vidas florecientes, para ser el ensayo de la gran guerra que llegaría después, soñada por los tiranos de mentalidad paranoica" ("La Ilusión de Vivir").

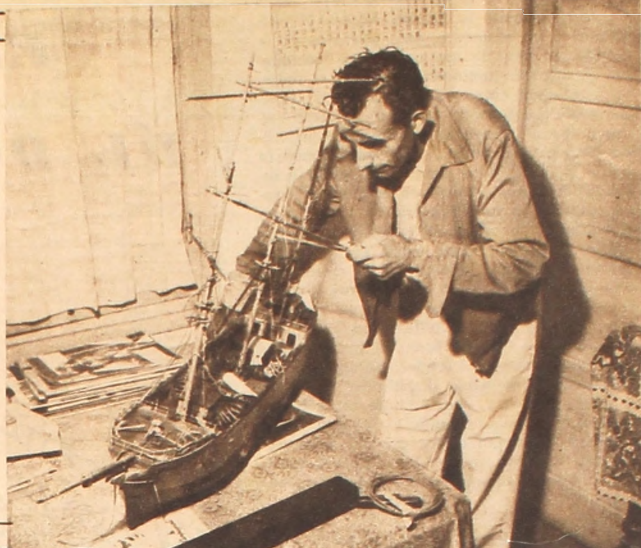
Por lo que Malinow es doblemente recomendable. Como novelista creador de tipos humanos que atraviesan las zonas dolorosas de la vida afirmando su personalidad, sabiendo vivir y morir, y como idealista para quien tienen valor las palabras solidaridad, justicia, libertad; para quien, en fin, el hombre es una entidad libre, por eso responsable, y los pueblos son jerarquías de libertad intransferible.

F. FERRANDIZ ALBORZ.

(Especial para EL DIA).



UN MUSEO NAVAL



La "Garthpool" en escala sigue soñando con travesías irrealizables.

Víctor Colmán trabajando en el armado de la "Jeanne d'Arc".

. . . .
Cuando a su casa regresaba
de lejos parecía venir.
Con el mapa bajo la almohada
soñaba mares al dormir...
D. I. R.

El mar y el hombre son dos dimensiones de una inquietud que tiene la misma edad de nuestro planeta. Han pasado miles y miles de años sobre las olas y sobre el individuo, y la fascinación del devenir marino sigue planteando las repetidas interrogantes, el vaivén del oleaje sugiere idénticas reflexiones, el rumor de las mareas rítma en el corazón humano el rumor perenne de las preguntas sin respuesta. Es el diálogo perpetuo entre la orilla y el agua, el embrujo de la salmodia marinera, la promesa que toda lejanía encierra, el mundo que virtualmente existe más allá del horizonte y en el que tal vez halláramos la saciedad para esta sed de no sabemos qué, que nos acongoja. El mar es una presencia tremenda, turbadora, infinitamente renovada, nunca igual, y ante ella son pocos los espíritus que no sienten el reclamo ineludible, el hambre de distancias, el anhelo ardiente de los viajes. Acaso sea de satisfechos, el no ambicionar más paisaje que el circundante, de seres que han hallado equilibrio y conformidad en una rutina un poco cobarde y sin rebeldías. Pero simpatizamos más con los desconformes, con los ansiosos de travesías, con los que ponen el sueño más alto que la realidad, con los que arriesgan lo seguro por lo problemático. Desde aquel antepasado que ahuecó un árbol para lanzarse por vez primera a surcar las aguas, el amor por la andanza acució al hombre y puso sobresaltos en la existencia del mundo. Los pueblos del Egeo y del Mediterráneo jalonaron de rutas del *Mare Nostrum*, mientras en el norte los vikings —lis primeros "Russell" (o "Rozel") entre ellos— llevaron la hazaña náutica al paradigma de la proeza y la temeridad. Razas de navegantes impulsaron el florecimiento de las grandes culturas, abrieron el comercio a la prosperidad, invitaron a los combates por la hegemonía marítima, avivaron por igual la ambición noble y la codicia, gestaron a un tiempo al héroe y al bandido, al explorador y al pirata. Los siglos han enriquecido y magnificado la leyenda de los navegantes, y hasta podemos creer que Jasón y sus nautas continúan buscando el vellocino de oro, porque la ventaja de la aventura fabulosa es no tener término fijo. Un hombre y un barco es todo lo que se necesita para que el mito se corporice. Más allá de las imaginarias columnas que cerraban el circuito de los antiguos viajeros, quedaba el área inmensa, inexplorada, insospechada, por donde se arriesgaron un día los velámenes desplegados del Descubrimiento. Y Cristóbal Colón cambió la faz del orbe conocido con tres cáscaras de nuez que modificaron el rumbo de la Historia.

Si debiéramos asimilarle un género literario, diríamos que el mar pertenece al drama y a la epopeya, aunque no le falte el añadido lírico de las cimeras de espuma con que se empenachan las olas. Sobre su ancho lomo movedizo, el remo hendió la marejada bravía y las proas esbeltas y frágiles tendieron entre los hombres y los puertos el mensaje andariego. Los navíos trazaron sobre los océanos los caminos que después los geógrafos dibujaron en sus cartas. Tuvieron en las estrellas la brújula primigenia, y se pusieron en marcha para no detenerse más. El mar fue lo primero. Después vino el hombre.

o

Y cuando supimos que entre nosotros, en un rincón del cerro, venciendo las dificultades como sortean las barcas los escollos, se estaba formando un museo náutico, fuimos a visitarlo de inmediato. Creíamos encontrarnos con dos veteranos, dos "lobos de mar", y he aquí que hallamos dos hombres jóvenes, cuyos viajes se han cumplido casi exclusivamente a bordo de libros y de mapas. César y Víctor Colmán son los pilotos de esta tentativa, alma y brazo de la misma. Si Poseidón, el marino dios voluble, tanto mortificó a Anfitrite, con sus devaneos, ha sabido hacer adeptos de probada fidelidad. Entre los dos lo hacen todo; César es el pintor, y Víctor el modelista y escritor de biografías navales. Han bautizado al incipiente museo con el nombre de su bisabuelo materno: "Capitán Rieffell". Fue éste un personaje valiente, enamorado de la libertad y poco amigo de soportar opresiones políticas. David Charles Rieffell, bretón, de Saint-Malo, capitán de alto bordo de la marina francesa, emigró de su país a mitad del siglo pasado, porque sus ideales no coincidían con los de Napoleón III. Porque tampoco coincidían con los de Santos, fue confinado en la Isla de Flores, de donde logró evadirse. Y a la memoria de aquel súbdito francés, músico y marino, rinden homenaje sus descendientes, amparando bajo su nombre una labor meritoria y esforzada. Por línea paterna entroncan con aquel Colmán que fue uno de los Treinta y Tres. Mientras hablamos, César nos va exhibiendo numerosas telas que reproducen con amoroso respeto embarcaciones famosas en la navegación a vela. Nos informan ambos con precisión erudita, que se nos escapa, datos, nombres, fechas de construcción, astilleros, recorridos, características: creen hablar con una entendida, cuando sólo están frente a una apasionada de barcos y mares; y la pasión, ya se sabe, rehuye tales tecnicismos. De aquí salieron los pequeños modelos de las embarcaciones "Charles B. Pederssen", "Victorine", "Archibald Russell" y "Mary Grace Russell" "Pramir", "Vendée", "Parma" y Laoland", después "María Madre", para integrar colecciones de compañías navieras y de museos náuticos franceses y escandinavos. Labor callada, en la que ni siquiera consta el nombre de los autores. Pero a ellos les importa más realizar su tarea que ufanarse de ella. Actualmente están armando la reproducción de la "Jeanne d'Arc", barca de tres mástiles que se construyó en Nantes en 1891, así como las réplicas de la barca inglesa "Alice Bessie Morgan", botada en 1873, y de la "Marie Varlin", construída en Saint-Nazaire en 1886. Tarea delicada, casi de orfebrería, en la que entran a veces mil quinientas piecitas diminutas. Apreciamos la minuciosidad con que se ha reproducido el "Giuseppe Garibaldi", de la armada italiana, en colaboración de Nelson Colombo, aventajado alumno de Víctor Colmán; y la línea majestuosa, intimidante por las circunstancias que evoca, del "Graff Spee". Y nos deleita y arrastra la imaginación un modelo de barca inglesa de cuatro palos, la "Garthpool", primitivamente llamada "Juteopolis", que se perdió entre 1928 y 1929. Su arboladura elegante, su gracia, su fin incierto, hacen pensar sin esfuerzo en un buque fantasma que continúa navegando, invisible, sin destino ni término de viaje. Parece que el viento va a hinchar las velas, parece que olas inexistentes mueven el casco, parece que va a salir de su vitrina y volar sobre las aguas. Nos llama a la realidad un pequeño tubo de vidrio que contiene poleas minúsculas talladas en hueso, cadenas marineras hechas a mano, sunchos y anclas en miniatura; sobre la palma de la mano para contenerlos, y revelan paciencia, artesanía, dedicación. En los muros, las "marinas" de César Colmán copian con exactitud modelos célebres, con maestría y gusto. Maderas nobles, como la teca o el cedro, provenientes de barcos que han cruzado mares de verdad, parecen guardar el sabor del viaje, la humedad que lamió los flancos de las naves y salpicó los cordajes, que son en ellas como los nervios del hombre: se crispan y vibran bajo las tempestades, como el sistema nervioso se estremece y retuerce bajo el imperio de las tormentas íntimas. Como un mérito más que complementa el propósito perseguido de crear un núcleo de fervor por la historia y el arte navales, han reunido una biblioteca especializada de unos 500 volúmenes, que prestan liberalmente. Y se nos ocurre que sin duda sacrifican con gusto un traje o un paseo, para adquirir estos libros, muchos de ellos costosos. Y esta preocupación docente desinteresada y simpática, en la barriada laboriosa, merece conocerse, aprobarse y agradecerse.

Y todo esto que en un modesto taller del Cerro nos revela cómo, en ignorado esfuerzo, cumplen su vocación dos jóvenes entusiastas y estudiosos, nos hace pensar en otros, desconocidos, que quién sabe dónde, realizan igualmente una tarea digna de aplauso. No es sólo la obra de la inteligencia y de las manos: el corazón también construye. César y Víctor Colmán lo prueban. Porque son jóvenes, son generosos. Viven su fe y su sueño. Y no estaría de más que se les arrimara el apoyo que la iniciativa merece: una sugerencia que echamos al mar, para que alguien la recoja, como antaño se arrojaban mensajes dentro de una botella.

El barco compendia para nosotros, el horizonte inaccesible, la nostalgia, el hambre de evasión, la comarca ignorada, la soledad y la aventura. Nos gusta imaginar la gesta nómada de los mascarones que engalanaban las rodas como un espolón sobre el vacío, con el pecho de palo mordido por el salitre, abriendo en dos los vientos glaciales o requemados bajo el cielo del trópico. Y algo de todo esto nos han regalado los hermanos Colmán, en una mañana de sol brillante que tenía a la espalda como un friso escogido a propósito, las aguas cambiantes de nuestra bahía.

Dora Isolla RUSSELL
(Especial para EL DIA)





(A y B) Dos óleos de César Colmán, inspirados en veleros famosos en la navegación mundial.

EL PONCHO DE DONATO LEMOS

DONATO Lemos salió de la carpa. Eran las nueve de la noche. Afuera y lejos se plantó un momento para aliviarse de lo bebido. El negocio era como una lechiguana gigantesca, luminosa: hombres y mujeres comiendo empanadas y pasteles, chorizos asados y boniatos cocidos, bebiendo vinos mansos y ginebras ariscas. Cuando volvió notó que su poncho no estaba donde lo había dejado. Este poncho lo había comprado hacía una semana en el pueblo. Estaba colgado en una vidriera, se rindió ante sus dibujos incomparables, entró y se fue con él luego de dejar sobre el mostrador casi todo lo que llevaba en el cinto. Era una prenda azul, con ribetes rojos, unas rayas amarillas tendidas de largo a largo, y un flecaje verde botella largo y tembloroso. Un arco iris con boca, en fin, que deslumbró a Donato. El tendero le dijo que no había otro, que había llegado en un surtido como muestra, y que nadie se le había animado. Entonces Lemos lo levantó como suyo. Después, por donde pasó tremolándolo, dejó un reguero de ojos desorbitados y de ruidosas exclamaciones. ¡Aquel sí, era poncho y medio, y sin emparde!

Pegó el grito.

—¿Y mi poncho? ¿Naides vido mi poncho?

Un paisano, con la cabeza bastante turbia, habló medio gangoso:

—¿Esa cola de pavo rial que taba áhi?

—Ese mesmo, cola o no.

—Mire, me parece que un negro, que pegao a esa mesa estaba medio dormido, porque roncaba por turno, salió con él...

—¿Qué negro?

—¿Y yo qué sé? ¿O es que tengo obligación de conocer tuitos los negros?

La carpera habló:

—¡Hombre: ha de haber sido el Tábano! Mesmo, ricién se jué...

—¿Y usté no vido que se llevaba mi poncho?

—¡Lo que yo veo y cuido es que no se me refalen con una ginebra o un chorizo de más! ¡No estoy pa cuidar bienes de naides!

Salió de golpe Donato, metió sus ojos en la sombra. Pero distinguió nada más que ocho o nueve caballos que, a manea, ya se les iba haciendo largo el día. Eso sí: sintió el golpear de un galope que se iba perdiendo. Volvió a la carpa, demudado.

—¡Ese negro me ha robao mi poncho! Pero atrás de él viá dir hasta que lo tope en carne o en güeso. ¿Quién dijo que es, doña?

—El Tábano. Trabaja con el manchao Toledo. Vive en lo largo del camino, pa ayá y pa acá de la linia...

*

A las 8 del otro día Donato se apeó en la pulpería de Martín Lechuza, cerca del Paso de Poleón.

—Güen día —dijo dirigiéndose al patrón—. Digame don: ¿por un casual no pasó por acá un negro que le dicen Tábano, con un poncho rayao con más de muchos colores?

—Sí, señor. Pasó de madrugada, vido luz —porque había monte— golpió, tomó unas copas y siguió. Iba tapao con un poncho, tal vez ese que usté dice, que era como el cielo raso de la sala de la casa del portugués Penteado...

—Me jué robao ese poncho. ¿No sabe ánde poderé toparme con ese negro?

—Mire, don: él contrabandea con el manchao Toledo. Cuasi de seguro que hoy lo encuentra en el almacén de Fragoso, del otro lao de la linia. Ahí es ande conciertan los surtidos.

—¿Cuánto haberá de camino?

—Unas seis leguas...

*

Ya estaba en el Brasil, Donato. Y ya había entrado al almacén de Fragoso.

—¿Don Fragoso?

—Pra servirlo.

—Ando atrás de un negro que le dicen Tábano...

—Tábano lá; aquí e Mutuca. Pois... o Mutuca no faz una hora que se foi.

—Es que sucede que me robó el poncho...

No lo dejó continuar el pulpero.

—¿E de vocé? !Uma fantasía! ¡Insuperavel! ¡Nao tengo visto cosa mais mimosa na miña vida!...

Cada alabanza que Fragoso hacía del poncho ponía una angustia más en el alma y un sudor más en la frente de Donato.

—Güeno, sí señor. ¿Pero ande está el negro?

—¿Vocó procura negro, o poncho?



—¡Mi poncho, canejo; al negro que se lo lleve Mandinga!

—Pois o Mutuca comerció o poncho. Compróselo o filho do coronel Aristides.

—¿Ande vive ese hombre?

—A estancia fica de aquí duas leguas. ¿Vé aquelle alto, aquelle plantío? E a estancia.

Sin dormir, sin comer, sin beber, cansado y con la cólera subiéndole grado a grado salió Donato al galope largo.

*

Llegó.

—Güen día. Ando atrás del hijo del coronel por una averiguación.

Lo hicieron pasar. El coronel lo atendió personalmente. Lemos le comunicó la cuestión del poncho.

El coronel, en un español con viruela fronteriza, le expresó:

—Sí, señor: tiene que ser o mesmo poncho el que mercó el hijo. No tengo conocido en tudo o comprimento da minha vida un bien raiz como aquel. Sobre poncho, aquello e un jardín. O mirar primero se enfebrece, despois fica enfeitizado. Nao tengo visto, nao... ¿Onde o señor procurou esa riqueza maravillosa?

—Mire coronel, dispués le digo el rumbo; pero primero y prencipal quiero hacerme con él.

—E razón, e razón. O Aquidabán, meu hijo, llegó, vistiose primorósamente, acomodó por sobre tudo seu poncho y partiu pra morada de sua noiva, pois hoy él comprometese pra casar. Yo voy lá apos de medio día. ¿Quiéreme acompañar? No dude de que tudo ficará arrumado.

Meditó un instante Donato. El coronel, con aquella solvente prestancia que irradiaba, le dio la seguridad de hacerse de su poncho el cual, así como iba atravesando pagos, iba levantando admiraciones. Pidió permiso para dormir un poco y descansar su caballo.

A las 5 de la tarde, escoltando el carruaje donde iba el coronel, llegaron a la estancia de la novia de Aquidabán. Instintivamente ambos, y el cochero, sintieron que algo grave pasaba allí. Se los dijo el silencio y la ausencia de gente. Sólo la estridente perrada salió a recibirlos. Apeáronse. Mismo a la entrada apareció un viejito a recibirlos. El coronel habló:

—¡Oh, seu Quinca! ¿Qué pasa aquí?

—Aquí pasa que ya pasó todo —respondió el anciano—. El mozo Aquidabán llegó, abrazó a tuitos y muy superiormente a la novia y se hizo fumasa.

—¡Cómo que se hizo fumasa!

—¿Pero usté no sabe nada, coronel? Rebentó la regolución en Alegrete y allí se jué él, que es uno de los jefes. Parece que al gobierno lo van a fréir como a pororó. Pa mejor el niño Aquidabán iba con un poncho que con él sólo le sobra pa copar la banca...

Todo esto dio con el alma de Donato en el suelo. Adentro de la casa se sentían lloros, ayes, y lamentaciones...

*

La cuestión fue que media hora después Lemos, en la cúspide de la desesperación, salió tras el rastro de Aquidabán. Tres días largos por caminos, pasando estancias y ranchos, angustiado en medio de la desolación, pues donde oyó palabras fue para saber que las columnas guerreras venían asolándolo todo. Pero él seguía, implacable, fiero, y firme. El poncho era suyo...

*

Hasta que el cuarto día amaneció. Ya antes de amanecer pasó cruzando gentes empavorecidas, en carros, de a caballo, a pie, mujeres, hombres, niños. En frases sueltas sobresaltadas, fue recogiendo que la revolución venía cerca, como un tifón rasante o una manga de langosta devastadora. Una hora después sujetó. Allá, culebreando por sobre cuchillas y bajos venían los guerreros. Un polvo luminoso los envolvía y se elevaba al cielo. Escuchó el sordo fragor de miles de caballos batiendo la tierra. Y ya estaba la vanguardia como a 100 metros cuando vio, destacándose sobre los primeros escuadrones una cosa insólita: en lo alto de una desmesurada tacuara tremolaba una bandera fantástica: ¡su poncho! Entonces atropelló. Se armó un caracoleo de cabalgaduras, un relampagueo de espadas, y una impresionante música de alaridos salvajes. Hasta que un clarín tocó silencio. Metieron a Donato en medio de un círculo de jinetes. El gritaba:

—¡Eso no es bandera, es poncho, y ese poncho jué comprao por Aquidabán Fonseca all negro Tábano, por mal nombre Mutuca, contrabandista y ladrón que me lo abigeó dispués de unas pencas en el pago de Camejo!

Entonces se adelantó un joven que dijo:

—Yo soy Aquidabán Fonseca.

Echaron pie al suelo. Se formó un consejo de guerra. Luego un coronel púsose de pie y dijo:

—La revolución sigue su marcha triunfal. La revolución ha levantado esa bandera porque ella simboliza todo el pueblo: vericuetos, repeluses, colores, rayas cortas y largas, quebradas y tiesas: ¡el pueblo! La primera que tuvimos era amarilla cruzada con un cañón colorado; nadie la seguía. Pero fue levantar ésta y la gente marchó tras ella como cascarudos tras un farol. El mayor Aquidabán Fonseca reconoce como dueño legítimo del poncho a don Donato Lemos. La revolución proclama a don Donato Lemos Brigadier Abanderado. ¡A ver, capitán Brunildo: entregue la tacuara al Brigadier Lemos!

Se tocaron dianas, se hicieron veintiuna descargas de fusil, espantóse la caballada, se armó un candombe de un millón de demonios, y allí terminó la revolución.

Donato pasó la línea desalado, con un nudo en el cogote, sin soltar la tacuara en la que flameaba su poncho. Pero no anduvo mucho. Dos milicos lo atajaron, y aunque alegó bastante fue a la comisaría. El comisario le dijo:

—¡Usté ha invadido el territorio como regolucionario! Ya he sabido por otros que bandiaron antes que usté tuita la tremolina que ha armao esa bandera alucinando a los hombres. ¡O la quema aura mesmo o lo remito a la Jefatura pa que lo sentencén y fusilen!

—Eso no es bandera; ¡es un poncho y ese poncho es mío!

—¡Poncho o bandera; o lo quema o lo remito!

Y así, envuelto en las llamas de una fogata, y bajo las lágrimas de Donato Lemos, terminó aquel poncho sin par. Eso no es lo peor de todo; lo peor de todo es que esta historia es realmente histórica.

José MONEGAL.

(Especial para EL DIA).

Dibujo del autor.

APUNTES DEL NATURAL
DE PIERRE FOSSEY

POR LA CASA DE BALZAC

En el apartado barrio de PASSY, casi a orilla del Sena, pasando la torre Eiffel, se puede visitar el pabellon que ocupó HONORE DE BALZAC de 1842 a 1848.

La casa tiene dos entradas, por las pintorescas calles BERTON y RAYNOUARD.

Durante 7 años, BALZAC vivió allí, escondido, levantándose todas las noches a media noche, para escribir hasta las 8^h almorzar en un cuarto de hora seguir trabajando hasta las 5^h para acostarse y empezar de nuevo el dia siguiente. El lugar no ha cambiado desde aquella epoca y ahora es un museo lleno de recuerdos del gran escritor.

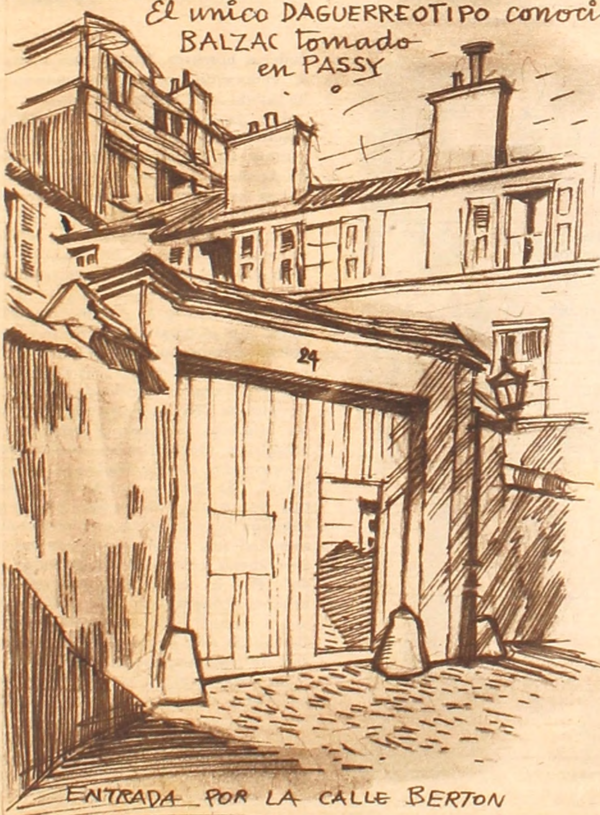
CALLE BERTON

CALLE RAYNOUARD

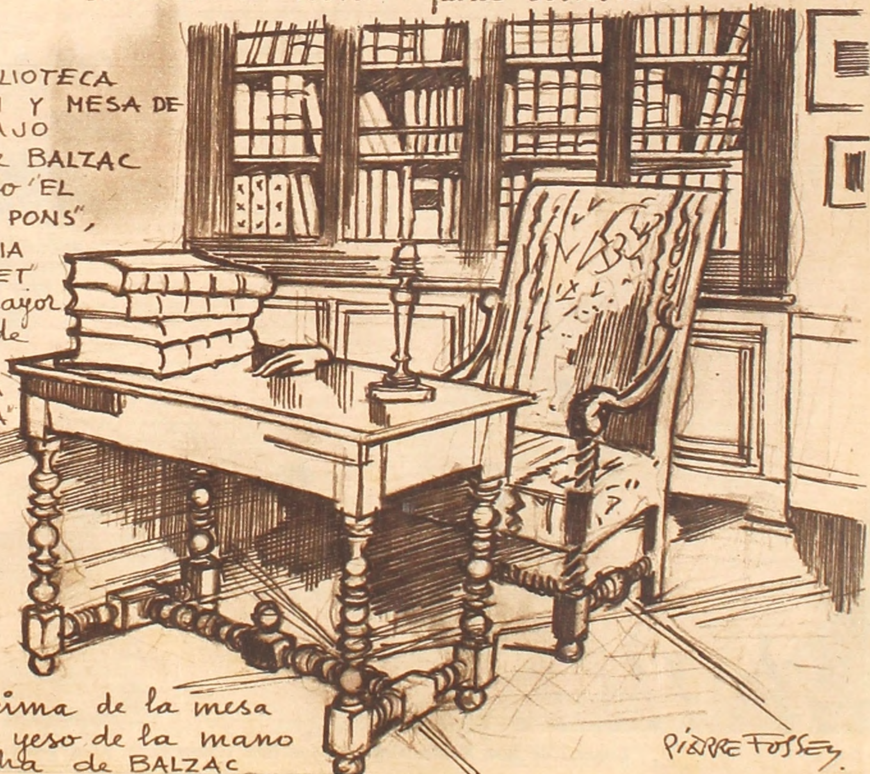
CAFETERA y muñecos que sirvieron al escritor para escribir sus novelas.



El unico DAGUERREOTIPO conocido de BALZAC tomado en PASSY.



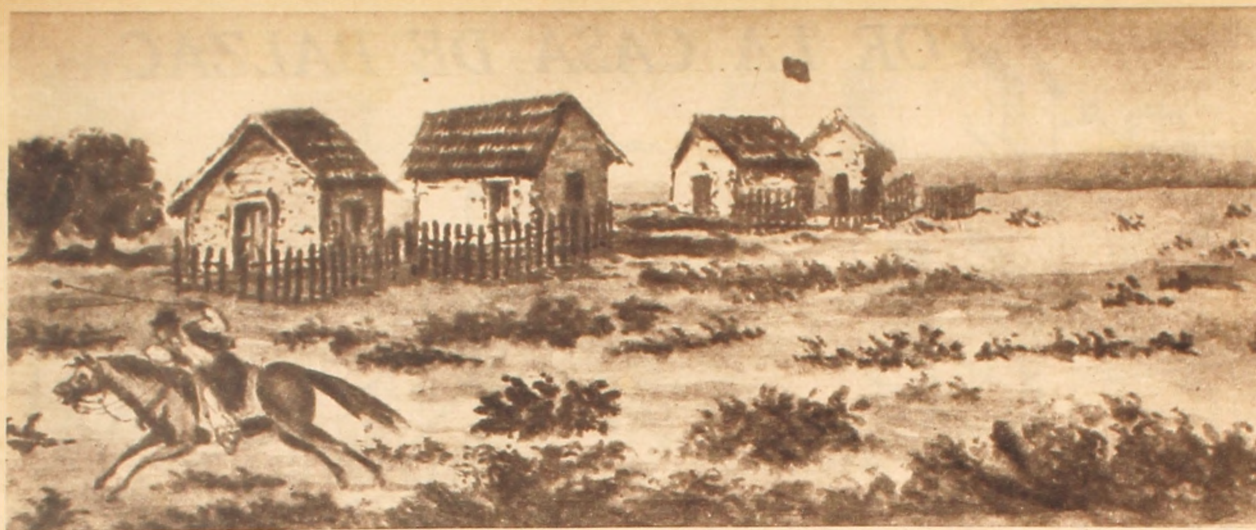
ENTRADA POR LA CALLE BERTON



BIBLIOTECA SILLON Y MESA DE TRABAJO donde BALZAC escribio "EL PRIMO PONS", EUGENIA GRANDET y la mayor parte de la COMEDIA HUMANA".

Encima de la mesa esta un yeso de la mano derecha de BALZAC

PIERRE FOSSEY



Población de Manuel López, Florida. (Acuarela por J. M. Besnes e Irigoyen, 1839.)

LA CIUDAD Y EL CAMP

Origen y e

El ostracismo de la Sociología. — La vida rural uruguaya ha sido contemplada, en la mayoría de los casos, desde puntos de vista unilaterales que prescinden de su complejo contenido humano, de su plenitud sociológica.

Los tradicionalistas la identifican con la antigua comunidad pastoril y evocan, nostálgicamente, la Edad de Oro del gaucho y el Paraíso Perdido de la estancia cimarrona olvidando a los chacareros coloniales y a los agricultores italianos. Todos los orientales hemos sentido ese agrio y punzante llamado del ayer bravío y hasta un extranjero, W. H. Hudson, hizo en su *Tierra Purpúrea* la apología del "hermoso país de sol y de tormentas, de virtudes y de crímenes" al cual deseó "que el tizón de nuestra superior civilización jamás toque tus flores silvestres, ni caiga el yugo de nuestro progreso sobre tus pastores —atolondrados, airosos y amantes de la música como los pájaros— transformándolos en el abyecto campesino del Viejo Mundo".

Los economistas, por su parte, han analizado la vida campesina nacional en función de los índices productivos sin destacar con suficiente vigor, aunque hay excepciones, los factores sociales de dicha producción. El hombre y su comunidad son los protagonistas del trabajo rural; no obstante, el énfasis estudioso ha caído sobre los productos y no sobre quien los produce. Y eso que las denominaciones Economía Política o Economía Social no dejan lugar a dudas sobre la intencionalidad de ambas ciencias.

Los escritores, los periodistas y los ensayistas, a su vez, han descripto o interpretado parcialmente las estructuras de la sociedad rural al tiempo que emitían juicios de valor —elogiosos o condenatorios, mas siempre subjetivos— en desmedro de los juicios objetivos de realidad.

Finalmente, hay un grupo pequeño pero emprendedor de investigadores que procura analizar cómo "es" la vida rural mediante el empleo de técnicas sociográficas; que sustituye el parecer de los prácticos por los datos del documento; que pregunta por los caracteres específicos de cada comunidad monografiada sin adelantarse a ofrecer una visión genérica de la vida campesina uruguaya.

La labor de estos últimos es poco conocida, pero espectacular y poco atendida. Nuestros políticos han confiado más en la viveza criolla del caudillo departamental o en los ficheros inflacionistas de los "clubes" urbanos que en las ciencias sociales. La democracia, empero, no puede cifrar solamente su fuerza y su ética en el respaldo que otorga la cantidad de votos; requiere también, y sobre todo, calidad gubernativa, sabiduría en la selección de asesores, organización de planes a largo plazo. Y en todos estos aspectos la intervención de la Sociología es fundamental, como lo demuestra el lugar que ocupan los sociólogos de carrera en las diversas Secretarías de Estado en los EE. UU. Pero nuestra mentalidad repentista ha preferido la improvisación hábil a la meditación metódica y por muchos años todavía las ciencias sociales estarán confinadas en las esferas entusiastas y eficaces, pero desoídas, de la Universidad de la República.

El nacimiento de la vida rural. — Uno de los pasos previos al conocimiento de la vida rural uruguaya es determinar cuándo y cómo tal vida surgió en nuestro país.

Si practicamos un corte en la historia de la cultura podemos distinguir, de acuerdo a las formas de civilización, cuatro tipos de grupos humanos: los primitivos o precivilizados, los bárbaros o semicivilizados, los campesinos o subcivilizados y los ciudadanos o civilizados.

Los primitivos, los primeros cronológicamente en el proceso histórico o los rezagados pueblos ágrafos de la actualidad, integran comunidades de recolectores, de cazadores o de agricultores rudimentarios pero no practican ni conocen la vida rural propiamente dicha. Los chaná-charrúa de nuestra Banda Oriental constituían, en el momento de la conquista, una sociedad primitiva o, como dice Redfield, una "comunidad *folk* precivilizada".

El mismo Redfield ha definido así los caracteres ideales de esta comunidad: aislamiento espacial; gran homogeneidad genética y mental en sus integrantes; agrafismo o carencia de escritura; poca entidad demográfica; división del trabajo inexistente o muy atenuada; tecnología simple y corporal; economía autárquica integrada exclusivamente por productores primarios; poderosa coherencia funcional en el sentido malinoswskiano; organización social pautada por la consanguinidad y el parentesco artificial; conducta tradicional y carente de sentido crítico; personalización del mundo inanimado (animismo); concepción de los objetos y actos tradicionales como sagrados; instalación de la conducta ritual en todas las ceremonias de la vida; gravitación perpetua y dominante de la magia y la religión; carencia de teleología económica. — (*The folk society;* American Journal of Sociology, enero de 1947, págs. 293-308).

Las caracterizaciones de la solidaridad mecánica de la horda (Durkheim), de la sociedad sagrada (Becker) o de la *Gemeinschaft* (Tonies) se aproximan a la tipificación de Redfield y comparten con ella su naturaleza abstracta pues en la realidad concreta es difícil, sino imposible, encontrar reunidos los requisitos sociales y culturales que todas exigen.

Los precivilizados no han desaparecido aún de la faz de la tierra. Integran hoy el grupo de los pueblos salvajes a los cuales Murdock denomina "nuestros contemporáneos primitivos".

En la etapa del primitivismo etnocéntrico no hay vida rural. Los primitivos de cada grupo se suponen los únicos, los verdaderos hombres. Viven para sí, rígidamente endoculturados, en un mundo que no ha salido aún de la prehistoria.



La Posta. (Dibujo

Hoy ya no hay primitivos, prealfabetos o precivilizados en el Uruguay. Subsisten, en cambio, en remotas e inhospitalarias zonas de América, Asia, Africa y Oceanía.

Los campesinos son ya otra cosa. El campo existe como contrapartida y en función de la ciudad; el campesino, su habitante, es un subcivilizado que integra, con el civilizado y el supercivilizado, un *continuum* rural-urbano.

La sociedad y la cultura rurales se definen con el surgimiento de las economías aldeano-campesinas en los valles de Afrasia y se afirman al surgir las primeras ciudades. Nuevamente Redfield nos proporciona las claves: "No hubo campesinos antes de las primeras ciudades. Y aquellos pueblos primitivos sobrevivientes que no se hallan relacionados con la ciudad no son campesinos". "Se podría sintetizar la característica del pueblo campesino afirmando que combina la primigenia hermandad de la comunidad *folk* precivilizada con los vínculos económicos típicos de la sociedad civilizada". Por lo tanto "los campesinos y los urbanos constituyen, en ciertos aspectos, una sociedad" y los campesinos tienen conciencia de este hecho (*The primitive world and its transformations*, 1953, págs. 31-38).

La vida rural es, por lo tanto, un acontecimiento tardío en la historia humana. No tiene mucho más de 6.000 años y así lo nota Lowry Nelson al decir que "desde tiempos relativamente recientes la historia del hombre es la historia del hombre rural" (*Rural Sociology*, 1952, pág. 11).



Estancia de Juan Ramón Callorda, San José. (Acuarela de J. M. Besnes e Irigoyen, 1855.)

EN LA CIVILIZACION URUGUAYA

...cepto de lo rural

La vida rural surge en el Uruguay, como ...imos ya (ver Suplemento Dominical de ...L DIA Nº 1353), cuando comienzan las ...querías en los albores del siglo XVIII. ... centro urbano primerizo era Buenos Ai...s y los arrieros o faeneros inmigrantes en ... Banda Oriental actuaban supeditados a ... presencia económica de la ciudad allen-... el río. La anti-ciudad, divorciada de la ...mpaña aunque contrabandísticamente vin-...lada a la misma, era Colonia do Sacra-...ento, la facotría portuguesa. Buenos Aires ... Colonia, bajo distinto signo, propiciaron ... primeras y tenues formas de ruralismo ...el del traspaso de tropas y el de la c a ...rambrera— y cuando se fundó Montevi-...o la avanzada de las estancias desbrava-...ras marcó el nacimiento positivo de la ...mpaña uruguaya.

El campo uruguayo, en su etapa inicial, ... poblado por criollos venidos de Argen-...a, Paraguay, Brasil y Chile. Montevideo, ...ducto español, se enfrentó a esos ameri-...os de costumbres anárquicas y menta-...ad libertaria, y de la secular pulseada ...tre la ciudad y el territorio, que no se ...oraban por cierto, fue surgiendo el cam-...inado nacional. La capital se valió de ... represión armada y del pacífico cintu-... agrícola canario para doblegr lentamen-... los arrestos agresivos de la gente pas-



...s Ceronetti, 1883.)

...ril, del gaucho y su progenie. Campo y ...udad, aunque antagonistas, formaban un ...iverso de comunicación, una pareja dia-...ctica con distintos ritmos laborales y di-...ersos estilos sociológicos en sus extremos ...ro unificada por una cultura común.

En otras zonas de América la clases cam-...sinas no se constituyeron de igual modo. ...s sociedades prealfabetas de indígenas ...esoamericanos y andinos, de estructura ...lk, fueron desorganizadas y sometidas por ... ciudad implantada por los conquistado-...s. Se transformaron entonces en campe-...nas pero al precio de convertirse en un ...roletariado interno" según la caracteriza-...ón de Toynbee. Para este historiador el ...oletariado es un grupo que está "en" pero ...e no es "de" una sociedad. "El verdadero ...no distintivo del proletariado no es la ...breza ni el nacimiento humilde si no la ...nciencia —y el resentimiento que ella ...pira— de haber sido despojado de su ...esto atávico en la sociedad, y de ser in-...seable en una comunidad que constituía ... legítimo hogar". *(Estudio de la Historia*, ...57, Tº V, 1ª parte, pág. 74).

El campesino aborigen de la sierra pe-...ana, de las hoyas ecuatorianas, del alti-...ano boliviano, de la meseta mexicana, de ... tierras altas de Guatemala, ha sido for-...do por el conquistador español a dejar ...a forma de vida y a integrar otra.

Si comparamos ambos campesinos, el ...uguayo y el indoamericano, con el de ...rascia, podemos llegar a la estructuración ... tres categorías sociológicas.

El campesino eurasiático es un campe-...o *ab origine*, desde el comienzo, vincu-...do naturalmente a la ciudad neolítica por él engendrada que justificará y requerirá, en etapas posteriores, al campo circundante.

El campesino indoamericano es un campesino *ab urbe* condita, desde la fundación de la ciudad colonial que lo desorganiza y lo explota.

El campesino uruguayo, de la primera hora, venido de otras zonas de América, es un campesino *a novo*, transplantado, exógeno. Este hombre rural de origen criollo tiene perfecta conciencia de lo que representa la ciudad aunque no sea su aliado. Se inicia como corambrero y es luego ganadero pero ambas actividades apuntan hacia una economía de mercado, abierta, monetaria, centralizada, urbana en definitiva. El campesino de la segunda tanda es también fruto de la inmigración. Llega en la etapa colonial como una cauda de la ciudad y viene de las Islas Canarias, de Galicia, de Asturias, de la maragatería leonesa. La tercera población rural injertada, finalmente, desembarca durante la época republicana los laboriosos contingentes de vascos, italianos, suizos e ingleses que inaugurarán la agricultura intensiva, la granja, la edad científica de la estancia, la industrialización de la campaña.

Recapitulando, pues, el campesino euroasiático es espontáneo o natural; el indoamericano, forzado o artificial; el uruguayo, trasplantado o lateral.

Queda por considerar aún los bárbaros y los ciudadanos.

Los bárbaros forman el "proletariado externo" (Toynbee) de la civilización. Han tenido contactos con los pueblos urbanizados, ya como merodeadores de fronteras, ya como depredadores de ciudades. Poseen elementos adjetivos y exteriores tomados de la civilización pero se hallan separados de la misma por una "barrera moral" según la expresión de A. Alfoldi.

Por último están los ciudadanos, los hijos de la civilización de la "sociedad", de la "solidaridad orgánica", de la mentalidad "secularizada". La civilización es la progenitora de la escritura y de la industria, del comercio internacional y del Estado como figura política. La división del trabajo, la lucha de clases y el análisis racionalista pulverizan, en un mundo automatizado por la técnica, las categorías mágicas y religiosas del área tribal o campesina para dar nacimiento a la compleja y "desencantada" alma urbana tan bien estudiada por Spengler, Max Weber, Mumford y von Martin.

Definición y significado de lo rural. — Desde el punto de vista sociológico el estrato campesino de una sociedad nacional se halla integrado por comunidades más o menos secularizadas por el impacto de la civilización y desde el punto de vista productivo por trabajadores del sector primario (y no primario en el sentido etnológico pues adquieren los productos que necesitan en el pueblo o la ciudad) vinculados por la economía monetaria al mercado urbano.

Puede un campesino ser analfabeto pero jamás es un pre-alfabeto. Es imposible también que sea un precivilizado, aunque la mayoría de las veces sea un subcivilizado, pues pertenece, y él lo sabe, a una nación que lo engloba en su seno. La ignorancia de la cultura académica no le oculta la presencia rectora de la ciudad ya que campesinos y ciudadanos forman un conglomerado cultural distintamente acentuado en sus atributos pero de idéntica sustancia.

La etimología y la semántica refuerzan los anteriores conceptos.

Lo rural, lo campesino y lo agrario, si bien significan lo mismo, tienen distintas fuentes que enriquecen su historia lingüística y sus connotaciones universales.

Campus, en latín, quiere decir terreno extenso y llano fuera del núcleo poblado. No supone este término aún al hombre campesino pero se precisa en oposición a la ciudad. De *campus* derivan campaña, espacio llano y transitable, y campiña, zona de tierras labrantías. En la campaña se libran los combates, y de ahí los campeadores y campeones, capitanes imbatibles, y de ahí también el término alemán *Kampf*, lucha, tan sangrientamente ejercitado por Hitler y el nazismo. La campiña no es ya el mero espacio donde se campea militarmente y donde se escampa, se desaloja al adversario. La campiña está habitada por el campesino, requerida y labrada por el campesino. Las variedades regionales enriquecen y sutilizan la familia de palabras. En el Río de la Plata campear a alguien es el acto de esperar o buscar a una persona. Lo *campié* hasta que lo hallé, dicen nuestros paisanos. Es que el hombre rural de la penillanura ganadera encuentra a su semejante en el lugar donde vive, en el campo abierto. Y luego vienen los habitantes de las vastas campañas de América: el diestro campero argentino y uruguayo, el campista hondureño, el camperuso venezolano, el campirano de México, el campusano panameño, el campañista chileno, el campisto portorriqueño, todos hijos del campo elemental. En segundo lugar tenemos las derivaciones del indoeuropeo *reuos*, esto es, espacio libre. De ahí surgen las viejas voces latinas *rus, ruris*, empleadas para designar el campo. Lo rural y lo rústico son los sellos distintivos de las cosas de la campiña —las *Rerum Rusticarum de Varrón*— y se aplican a las sociedades humanas para designar una forma de vida. El desdén urbano desvirtúa el sabor ingenuo y primario de lo rústico y lo hace equivaler a grosero, a lo que carece de *urbanitas*. Y es precisamente Roma, ciudad nacida del campo y luego convertida en encrucijada mundial, quien da la espalda a su modesto origen campesino y se ensimisma en su cívica Babel, en su colmena cosmopolita.



Montonero de Maldonado (Acuarela de Denuc.) Museo Histórico Nacional.

En los idiomas germánicos el antiguo *reuos* sigue aludiendo al continente, el espacio y no al contenido, el hombre. Así en alemán *Raum* es espacio (y puede ser ariete guerrero, en la búsqueda geopolítica del *Lebensraum*, del espacio vital) mientras que en inglés se domestica y se convierte en el apacible *room* o en el living-room, el lugar donde se vive.

Y finalmente están las formas idiomáticas brotadas del indoeuropeo *agr*, que significa campo abierto.

De esta voz, llevada a cuestas por las rubias hordas que cayeron sobre los sedentarios drávidas del Indo y sobre las talasocracias prehelénicas, surgen, significando lo mismo, el *ajrah* sánscrito, el *agros* griego y el *ager, agri*, latino.

En griego agros significa campo labrado, humanizado, pero otras derivaciones hace que los prefijos retrotraigan el término a su desamparo prehistórico: *podagra* es la trampa para atrapar al animal silvestre; *onagros* es el asno salvaje; *agrios* es el hombre primitivo, el precivilizado, el que no conoce la vida rural, el que habita fuera del campo. Como se ve, el concepto sociológico de Redfield se halla plenamente confirmado por el dato etimológico.

De la misma fuente que el griego *agros*, patrocinador de la agronomía, la ciencia de la agricultura prefigurada por Jenofonte en la *Económica*, brota el ager latino. La faz negativa, áspera, del *ager* es lo agreste: un escenario agreste posee la agresividad y rudeza de las fuerzas naturales. Pero para atemperar este extremo está lo agrario, el paisaje cultivado por las comunidades rurales y vinculado a la *civitas* con la *urbs*. Lo agrario es el dominio del agricultor; lo agropecuario el del agricultor-ganadero. *Pecús* significa ganado ovino y fundamenta, tanto en el tiempo de Roma como en el nuestro la derivación crematística del comercio de lanas.

Pero la voz agricultura posee otro ingrediente significativo derivado del verbo *colere*, cultivar. La cultura es el cultivo, ya de un campo, ya del espíritu. Un espíritu cultivado es, en este sentido normativo, un espíritu superior, un espíritu refinado por el filtro urbano. La tan mentada cultura de las ciudades, pues, es inaugurada por el arado de madera de los arcaicos agricultores del mundo mediterráneo y desde las humildes comunidades sedentarias asciende, sutilizándose y sofisticándose cada vez más, hasta las urbes de Cnossos, Mileto, Atenas, Roma y Alejandría. Agricultor, por lo tanto, es el hombre sedentario y sedimentario, *homo* y *homus* a la vez, del ámbito nutricio y solariego. En cambio el peregrino, el que va per *agrios*, a campo traviesa, es un ser errabundo y desgajado, el "nómada intelectual", el Peer Gynt de las edades disconformes y angustiadas, la cosmopolita planta viajera que no arraiga y madura ácidos frutos de escepticismo y ansiedad.

El labrador, según la tradición beocia de Cadmo, nace de la tierra misma, es un producto autóctono — *autos*, por sí mismo y *chton, subterráneo*—. Sus tareas son cantadas por los *Erga kai Hemerai* (Los trabajos y los Días) de Hesiodo y las *Geórgicas* virgilianas. Geórgicos son los trabajos agrícolas: la *gea*, la tierra dadivosa, es exigida por el hombre y sus incesantes trabajos, los *erga*, forjan los paisajes culturales de la antigüedad clásica.

El deambular por los dominios etimológicos nos ha ayudado a precisar los conceptos pero no nos ha dado aún las claves del alma rural. La esencia de lo campesino debe aprehenderse en función de una *lebenformen*, de una forma de vida, de una concepción del mundo. Porque lo campesino es un consistir además de un existir, un estilo espiritual que trasciende una forma económica, un estado de conciencia que corrobora una categoría socio-cultural.

Daniel D. VIDART.

(Especial para EL DIA.)



Gaucho guitarrero. (Acuarela de J. Borro, 1889.) Colección Assunção.



Por encima del muro, el gomero empieza a tomar contacto con la calle y el cielo.



La Junta Honoraria Forestal colocó junto al árbol la estela que corresponde a su imponente belleza.

UN ARBOL DE LA SELVA EN LA CIUDAD

En ese sector de la zona de Pocitos que forma una especie de remolino urbanístico, en el tramo de Achiras, José Ellauri, 26 de Marzo, frente a la calle Miguel Barreiro, está la Escuela Noruega, donde nos detenemos y llamamos. Una niña, que trae su muñeca en los brazos, precede a la señora que nos franquea la puerta. Pasamos entonces corredores, locales clausurados. Un silencio transparente ocupa todo el recinto escolar, vacío por las vacaciones. Traspuesto ya el edificio, aparece a cierta distancia, hacia el extremo que da a la calle opuesta, el árbol que queremos conocer, que venimos a visitar, acuciados por la refe encia de nuestro amigo.

Comprendemos ya que su palabra, breve y encendida, salta de pronto como un guijarro en un torrente...

Nos acercamos.

De las raíces a ras de tierra entrelazadas, como grandes serpientes en lucha, emerge el tronco trabado que se va abriendo en ajustada simetría, para establecer el equilibrio total de la copa, armada y de tal dimensión como podría serlo la carpa de un circo. Con gozo, en la media mañana estival, se contempla esa carpa, bordada de hojas lustrosas y menudas en el ramaje innumerable, que cubre por un lado la mayor parte del terreno donde estamos, y escalando por el otro la calle inmediata, toca con la punta la vereda de enfrente!

o

Alguien sin duda ha plantado este árbol cuando la zona de Pocitos eran campos que iban declinando hacia el río, a donde concurrían asiduamente las lavanderas...

La figura singular del "gomero" se fue irguiendo así, entre este y aquel ombú familiar, en medio de los cardos azules que el viento iba multiplicando por todas partes.

Trazados, parcelamientos posteriores, que los rematadores de la época hicieron atrayentes, ¡con cuánta razón!; alambrados, muros y viviendas, fueron restringiendo el horizonte abierto, y el árbol quedó cercado, conminando a su estrecho solar en el que, muchos años después, la reja sobre el límite de la calle Pereyra, habría de establecer rotundamente su verdadera condición de prisionero ciudadano. Porque este "gomero" pertenece a la selva; inusitado, imponente, es un desertor de la jungla sobrecogedora de "La Vorágine"!

o

El predio donde se encuentra, fue posesión, según un culto vecino del lugar, del entonces Ministerio de Guerra; y siendo Presidente de la República el doctor Williman, se proyectó levantar en él un cuartel. Luego, sin embargo, fue cedido a una institución deportiva, el Círculo de Tenis; y posteriormente pasó a dominio del Ministerio de Instrucción Pública que, hace unos treinta años, estableció allí una escuela. Refaccionada y ampliada después, es en la que estamos, luminosa, cómoda, atrayente.

En el silencio que circunda el árbol, se evidencia el rumor de las voces y los juegos de los niños, ausentes ahora; sus túnicas blancas, sus moñas azules.

Durante largos años, en promociones renovadas, los alumnos se han venido reuniendo en su torno, bajo su linda sombra.

Estas raíces salientes, este tronco trabado, esta copa radiante, están ocupando su sitio en la niñez de varios miles de hombres de hoy. Mientras ahora mismo acaso, algunos de ellos manipulan en la fábrica, atienden en el consultorio, teclean en la oficina, envuelven detrás del mostrador, leen, viajan lejos, o inclinan simplemente la cabeza; he aquí que de pronto todo desaparece; se hace un lugar, las cosas toman un color distinto, muy raro. Alguien poré luego en ese sitio, de pronto, la clase con todo lo suyo, agita la campanilla, forma la fila. Entonces, inusitado, esplendoroso, surge el gomero, este gomero, acariciante, úni-



Escalando la calle, el árbol gigantesco toca con la punta de su copa la vereda de enfrente.

co, ocupando todo. Y junto a él, aparece en seguida el compañero que se sentaba al lado, aquella palabra jamás oída antes, el temor del examen, el cigarrillo a la vuelta de la esquina.

El silencio de ahora, henchido así, cubre las raíces, envuelve el tronco, trepa por las ramas...

o

Bien se comprende. Pero, contemplando este árbol, cómo dejar de pensar en los otros similares, hermanos de éste, que están enclavados allá en la selvá lejana, ardiente, ilimitada! Apretados, gigantescos, innumerables gomeros! Insectos venenosos les punzan, animales arteros les rodean, mientras son lacerados sin piedad permanentemente, para la extracción del caucho.

Siempre una maceración más puede aumentar en céntimos el monto del jornal. Siempre una maceración más, acrecerá los ríos del jugo espeso que nutrirá las cubiertas de las ruedas que giran y giran incesantemente por todos los rincones de la tierra.

Tanto como en el cauchero sacrificado, cercado por ríos sombríos, en medio de la selva infinita, cómo no pensar en los árboles aquellos, sangrantes, inmolados al progreso del hombre!

Este árbol, por un designio singular, está aquí cumpliendo un destino distinto. Los niños le rodean, los hombres le recuerdan.

Con cuánta penetración, la Junta Honoraria Forestal ha colocado junto a él la estela, ese bloque de piedra grabada, que se pone frente a lo extraordinario y memorable.

Si pensamos en las vidas resonantes que parecen llenar el mundo, no podemos olvidar las vidas silenciosas, que acaso sean realmente las que le mueven.

o

Pronto se disipa en el hálito de la mañana, la forma densa de lo dramático, y sólo queda este árbol en el aire, la tierra, la soledad.

Su presencia tiene ahora algo de catedral vacía, por cuyas naves se fueran perdiendo aún las notas solemnes del órgano, recién clausurado...

Enrique Ricardo GARET.

(Especial para EL DIA.)

La base del "gomero" promueve el asombro con su rotunda sensación de selva.

La parte inicial de la copa, vista desde lejos.





Indio "caiapó" con sus dientes limados. Estos indios practican canibalismo ritual. Si el vencido en combate es valiente, una vez muerto le comen el corazón.

"Gorotires" y "Caiapós", civilizados a medias.

Expedición al Pará, con los indios caiapó

El autor de esta narración, señor Alejandro A. Pesce, es un estudioso taxidermista de nuestro Museo de Historia Natural, y del Dámaso Larrañaga, que ha realizado una expedición al Pará, invitado por las autoridades brasileñas, formando parte de un nutrido conjunto, visitando una tribu de indios "caiapó". Su relato de la expedición tiene la vivacidad atrayente de una página de aventuras.

FUI al Brasil, Estado de Pará, para formar parte de una expedición organizada por el señor Francisco Meirelles — Inspector Especializado del Servicio de Protección al Indio. Fui convidado por el famoso sertanista y pacificador de los indios Chavantes de Mato Groso en el año 1946, y de otras tribus del Norte en la Región Amazónica. Se trataba ahora de pacificar una tribu de indios caiapó, en el centro-Sur de Pará. Eran indios sumamente peligrosos por su elevado número, y sobre todo por el hecho de que siendo salvajes usaban armas de fuego; caso único en el Brasil. De esas armas se apoderan cuando matan "seringueros" o "caucheros", como se les llama en nuestra lengua (hombres que se dedican a la extracción de la goma de la "seringa" y del caucho).

La aldea (maloca) de los caiapó, denominados "menkronontires" (cabeza roja pelada), asaltaba pequeñas poblaciones con el fin de obtener más armas y municiones, y en esas correrías se llevaban también niños y mujeres. Por eso en la aldea encontramos varios totalmente asimilados a la sociedad tribal, y a la vida primitiva. Los indios del río Irirí, habían sembrado el terror en toda una extensa región dos veces más de superficie que nuestro país, correspondiente al Municipio de Altamira (hasta el Sur del Estado de Pará, próximo a Mato Groso). Y extendían sus malones en un radio de casi mil kilómetros en esta zona comprendida entre los ríos Tocantins y Tapajos, y principalmente en las costas del Xingú en su curso medio y en su principal afluente el Irirí.

No sólo los civilizados eran sus víctimas pues perseguían a todas las tribus vecinas, mateniéndose un permanente estado de guerra.

Ante tan honrosa invitación del S.P.I., el Concejo Departamental me autorizó a concurir, encomendándome la tarea de coleccionar material zoológico y etnográfico con destino al Museo "Dámaso Larrañaga" (Ex-Museo Oceanográfico). Y con el auspicio del Museo de Historia Natural, el viaje fue declarado en Misión Oficial.

El 6 de agosto partí de Montevideo. Luego de estar 20 días en Río en espera de la autorización del Consejo de Pesquizas Científicas pude seguir hasta Belén, en la desembocadura del Amazonas. En Belén supe que la Expedición Meirelles había partido en junio hacia el Xingu y, su principal afluente el Irirí, y que ya estaba acampada en las nacientes de este río, en un punto alcanzado al cabo de 78 días de navegación en canoas. Sus noticias eran recibidas por radio desde el campamento y tuve la gran suerte de que a los pocos días de mi llegada salía un avión militar que les llevaba abastecimientos. El 6 de setiembre, o sea un mes después de partir de Montevideo, emprendí viaje en ese avión, el cual debe posar en el río Irirí en una pista algo distante del campamento, preparada, balizada y demarcada con latas de querosene por la expedición, que resultó excelente, superior a muchas de las rutas habituales de esos aparatos. Al cabo de 10 horas de vuelo en dos etapas, acuatizamos frente a la isla de la "espera" que así se la denominó porque los expedicionarios estaban en espera del avión desde hacía mucho tiempo, temerosos de que no viniera.

Allí conocí personalmente al famoso "desbravador" del "sertao" Francisco Meirelles, un gran carácter, hombre sufrido, de la escuela del General Rondón, un tierno amigo de los indios. Hombre culto y liberal, siendo pernambucano participó en la Revolución Constitucionalista de San Pablo, y como consecuencia de las luchas políticas de su patria, fue exilado en Montevideo por los años 1928-30. Aquí tuvo amistad con Baltasar Brum, los Batlle, etc.

La expedición la componían 53 personas, entre civilizados y unos 30 indios caiapós, gorotires, y canelas, sub-tribus de la misma que íbamos a pacificar. Inclusive algunos



Un guerrero con otro jefe de tribu. Adviértase la protección contra el sol.

tenían parientes en la "maloca" buscada, lo cual significaba un buen grado de seguridad y confianza para nosotros, con el lógico margen de incertidumbre, pues todo dependía de que los indios "bravos" aceptaran ahora la amistad con los blancos, que otras veces hábían rechazado, peleando inclusive con sus propibs hermanos de raza.

En procura de la "maloca" caminamos catorce días a través de la tupida floresta amazónica. Pasamos muchas peripecias en ese largo camino, calculado a unos 200 kilómetros de selva. En mi diario las páginas más interesantes, tal vez sean las de esos días —cacerías, vados de arroyos, picaduras de víboras, problemas por falta de agua, la belleza de la flora, las abundantes colmenas de exquisita miel; en fin todo lo bueno y lo malo, como en todas partes, pero muy largo de contar y sobre todo difícil de hacer sentir o comprender a quien no las haya vivido. Pero hay una incidencia que creo que merece conocerse: A cierta altura, 4 ó 5 días antes de llegar a la maloca, la vanguardia de indios mansos se encontró con un grupo de los salvajes; eran casi todos muchachos que regresaban de sus viajes de 3 ó 4 meses. De ahí en adelante nos fueron escoltando en el camino hacia la aldea. Ellos esperaban la decisión del cacique (Begogotí). Iban cerca nuestro, pero no los veíamos ni oíamos, aunque ellos, seguramente nos observaban. Por eso debíamos adoptar deliberadas actitudes de confianza, como dormir separados, alejarnos solos del campamento desarmados, y dejar las armas a su alcance. Es obvio decir que estas armas fueron desapareciendo, pues ellos no podían resistir a la tentación de poseerlas.

El contacto con la tribu se realizó de la siguiente manera: los indios gorotire, que como ya he dicho son también caiapó, con su valiente capitán Norú (Ojos largos) se adelantaron hasta que fueron vistos al linde de la "maloca". Allí fueron rodeados por un grupo de guerreros "menkronontires" armados, con su cacique, el temido Begogotí apuntando a Norú con un Winchester 44, y éste en idéntica actitud y postura, pronunciaba frases de ritual cuando se quiere paz o parlamentar. Ese fue el momento decisivo del que dependía el éxito de la expedición.

Luego del favorable resultado del parlamento, el cacique Begogotí bajó el arma y con Norú se abrazaron *llorando*. Debo aclarar que este Norú era también "Menkonontire" pero hacía dos o tres años por disgustos con su tribu se había ido con los "gorotire". En ese momento cientos de indios que salían de la aldea, y del monte, prorrumpieron gritería, aullidos y danzas con las armas en alto. A los civilizados nos rodearon tocándonos, abrazándonos y observando todo detalle de la vestimenta y de la piel. Allí pasamos 10 días en continua camaradería, donde hasta el sueño era muchas veces interumpido por demostraciones de afecto por los indios. Ellos también estaban contentos porque en lo sucesivo no tendrían más guerra con el blanco, pues contarán con armas, municiones para cazar, alimentos, remedios, y también ropa; por lo menos "short" como usan los "gorotire" ya definitivamente. Y lo más valioso e importante en mi opinión, con herramientas para la labranza.

Después volvimos al campamento, donde la ausencia de 37 días causaba preocupaciones. La alarma estaba tomando vuelo en Belén, en comunicación diaria por radio con el campamento. Los diarios ya difundían esa alarma con eco en los grandes diarios de Río y San Pablo.

Otra expedición ya se había organizado en el Xingú y venía en auxilio de los supuestamente perdidos.

El 15 de octubre comenzamos el viaje de regreso desde el campamento en tres canoas, y esta fue la parte quizás más dura, agotadora y también peligrosa de todo el viaje. Navegamos 50 días por los ríos Irirí-Xingu-Amazonas hasta llegar a Belén do Pará. Las mayores dificultades se pasan en los saltos de agua, continuos rápidos o "cachoeras", con peligro de hundimiento de los barcos, y en los frecuentes y extensos bajíos o "secos" donde el agua nos daba por el tobillo y teníamos que arrastrar los botes varias horas. Ahí es donde existe un peligro cierto que no se puede prever ni se tiene casi defensa. Son los lancetazos de las terribles rayas, de una virulencia infecciosa increíble para quien no lo haya visto. Produce un terrible dolor por lo que vi llorar varios hombres rudos, fuertes y valientes. De los 18 lanceados, 3 estuvieron muy graves y uno murió. La selva no nos quiso dejar partir sin este dolor.

Jefe de la tribu de los "Caiapós".



Pasaje de uno de los cientos de saltos de agua que la expedición hubo de sortear.



Durante las horas de descanso, en medio de una naturaleza absorbente que invita casi siempre a la "aventura", que da tiempo para los coros y la lectura...



A la carrera y antes del opíparo almuerzo, estos jóvenes culminan uno de sus atractivos juegos, dirigiéndose al refrescante baño que brinda el río como mar...

EN EL CAMPAMENTO "ARTIGAS"

EN el kilómetro 112 de la carretera a Colonia, en un hermoso paraje denominado "Colonia Española", ha sido instalado el campamento "Artigas", de la A. C. de Jóvenes, que adquirió el predio en el que plantó no menos de 40.000 árboles, pinos y eucaliptos fundamentalmente, que lo han convertido en un umbrío bosque.

Se atienden aquí, cada temporada, de 20 a 25 grupos de acampantes que suman unas setecientas personas. El campamento está estructurado en zonas, en cada una de las cuales habitan seis muchachos, acompañados por un líder o responsable.

Es de subrayarse el hecho de que, a la par de los pequeños asociados interesados en el Campamento, también se otorga a numerosos jóvenes de los barrios montevideanos, pertenecientes a la obra comunal de la Asociación, la oportunidad de convivir en este ambiente de preconcebida rusticidad, donde todo ha sido planeado para que el individuo aprenda a valerse por sí mismo... Hay usina eléctrica propia, pero sólo se utiliza en menesteres indispensables, prefiriéndose para la iluminación el uso de faroles de querosene...

El programa es vasto e incluye actividades de variada naturaleza, que van, desde el baño matinal en el río, pasando por los trabajos de aseo del Campamento y siguiendo por labores de índole recreativa que incluyen cantos, juegos, etc., hasta las excursiones nocturnas, ya a pie, ya en canoa, en las que los pequeños, portando sus enseres más sumarios, llegan a pasar noches enteras, a veces hasta a siete kilómetros del apostadero central.

Al caer la tarde, un grupo de jóvenes reúne sus enseres para marchar hacia otro paradero distante. Puede ser la "Villa India", o el "Jagüel" o... ¡todo cabe en esta imaginación maravillosa de la niñez y la adolescencia!

Es el epílogo de este día, un día más, en esta historia febriscente y candorosa de los espíritus del bosque, que se renovará, como si fuera la primera jornada, dentro de algunos días, cuando arriben a este "Campamento Artigas" otros jóvenes con el cuerpo y el alma tendidos a ese diapasón constante que es el amor por la naturaleza y que promueve el verdadero amor por la humanidad.

Florencio VAZQUEZ.

(Especial para EL DIA).



El alimento, científicamente controlado, asegura la conservación del cuerpo y alma aptos para las alternativas de la jornada.



Estos pequeños, pertenecientes al sector "Churrinches" y provenientes de la obra comunal de la Asociación, practican también juegos de salón.



Estampa casi indígena, obtenida en un atardecer, durante el raudo bogar entre la fronda que acaricia el arroyo Sauce del Plata.

UN LEON SALVAJE SE DIRIGIO HACIA LA PRADERA ANSIOSO DE DEVORAR A LA GACELA DEL MAHARAJAH.

Tarzan®

por EDGAR RICE BURROUGHS













"UD. ME SALVÓ LA VIDA!" SUSURRÓ EL MAHARAJÁ. "LE ESTARÉ AGRADECIDO PARA TODA LA VIDA." JACKSON SONRIÓ. "ERA SÓLO MI OBLIGACIÓN--"

"NO IMPORTA" INTERRUMPIÓ EL MAHARAJAH, "SI ALGO ME SUCEDE EN EL FUTURO, LE DEJO TODO MI VALIOSO EQUIPO--TAL ES MI GRATITUD."





LOS MEJORES HILOS, ALGODONES, SEDALINAS, DE LOS MEJORES ORIGENES: FRANCIA E INGLATERRA Y EL MAS GRANDE SURTIDO DE ARTICULOS PARA LABORES, VEALOS AHORA EN LA SECCION MERCERIA DE NUESTRAS 3 CASAS Y ADELANTE SUS COMPRAS.



1 - Coton perle: gruesos 5 u 8 - C.X.B.-D.M.C. Ancla en ovillos de 10 grs. en colores lisos y matizados, c/u **$1.30**

2 - Coton perle grueso 3 - D.M.C. ovillos de 50 grs. surtido de colores. El ovillo **$5.10**

3 - Algodón mercerizado para tejer a tricot, ovillos de 50 grs., surtido de colores. El ovillo **$5.80**

4 - Mouliné en madejas todos los colores, lisos ó matizados marca D.M.C. - C.X.B. ó Ancla. La madeja **$0.40**

5 - Algodón para bordar en madejas de 40 mts. blanco ó colores $0.75, de 20 mts. blanco marca D.M.C. La madeja **$0.45**

6 - Algodón para bordar en madejas de 120 mts. gruesos del 16 al 40, marca D.M.C. color blanco, la madeja desde **$1.65**

7 - Mercer Crochet, ovillos de 20 grs. D.M.C. ó Cadena colores desde c/u $2.60 blanco desde c/u **$2.45**

8 - Algodón de zurcir, ovillos de 33 ó 25 mts. marcas D.M.C. - C.X.B. - Llave ó Ancla, precios desde c/u **$0.35**

9 - Sedalina para bordar, marca Elefante ó D.M.C. en carretes de 10 y 25 gramos. Blanco en carr. de 25 grs. c/u desde $3.85 colores en carr. de 10 grs. c/u desde $2.25 blanco en carr. de 10 grs. c/u desde **$1.75**

10 - Tijeras de acero niquelado con punta recta para bordar c/u **$3.20**

11 - Tijeras para modista, medida 15 ctms. desde c/u **$2.50**

12 - Ruletas para corte de procedencia Alemana c/u **$1.20**

13 - Centímetros para modista de tela c/u **$0.95**

14 - Labores: Carpetas cisnadas en fino granito, tamaños 80 x 80 $3.60, 60 x 60 $2.00, 40 x 40 $0.90, 20 x 20 **$0.30**

Manteles 2.50 x 1.60 $22.50, 2.00 x 1.60 $18.00, 1.60 x 1.60 $14.50, 1.40 x 1.40 $10.50, 1.00 x 1.00 **$5.50**

15 - Agujas para punto tunecino en metal niquelado med. 2 al 4, precios desde c/u **$0.60**

16 - Agujas para crochet en todas las medidas, en metal, Aero ó hueso c/u **$0.50**

17 - Agujas para tejer en madera lustrada, metal, galalith, Inoxal, Perlinox ó Aero, desde el par **$0.60**

18 - Agujas circulares para tejer de Nylon, Metal y Nylon; Metal ó plástico, c/u desde **$0.90**

19 - Aros para bordar de procedencia Alemana con tornillos, medidas de 15 a 25 desde c/u $4.00. Sin tornillo, medidas de 18 a 27 desde c/u **$2.80**

* *

Agujas para sastre marca SHARPS, del 4 al 12, paq. de 25 agujas $0.25
Agujas para ciego marca SHARPS e IMRA, el paq. desde $0.60
Agujas para marcar con ó sin punta, c/u $0.04
Agujas para modista marca PARNERS, grueso del 3/7, paq. de 25 agujas $0.25
Agujas para zurcir marca DARNING - NEEDLES Nro. 2 y 4, paq. de 25 agujas $0.25
Agujas para colchonero ó tapicero rectas ó curvas, c/u desde $0.15
Agujas para máquina; Newman ó Singer, c/u desde $0.15
Broches de presión marcas Newey, Forever Butons, Nita, blancos ó negros, doc. $0.18
Alfileres p/bebes en colores surtidos; blanco, rosa y cielo. Cartones de 10 alfileres, el cartón $0.25
Alfileres Nursey para bebes 3 tamaños surtidos en color rosa ó cielo, cartones de 12 alfileres, el cartón $0.80

Navetas de hueso, c/u desde $0.05
Gavetes de metal niquelado, el par $0.30
Dedales para modista ó sastre en metal ó plástico, c/u desde $0.12
Cinta lacé en piezas de 5 mts. en colores, pieza $1.35. En color blanco, anchos del 6 al 24, la pieza desde $0.65
Canabá Ingles con cuadros marcados, anchos 0.70 a 1.20 especial para confeccionar alfombras. El metro desde $7.50

No deje de apreciar nuestro surtido de: GALONES FANTASIA, cintas, picots, elásticos, cordones, cierres metálicos, todas medidas y colores.

BOTONES Y HEBILLAS, de galalith, plástico, acrílico, nacar, metal y fantasías en general.

Lanas para tejer; sedas para tejer y bordar, sedalinas, hilos.

Festones de algodón o Nylon.

Puntillas: Valencianas, hilo, cluny, alenson ó nylon.





PROGRAMACION DE CASA SOLER. - Sensacional presentación de la gran orquesta cubana de señoritas ANACAONA, en la programación para febrero de CASA SOLER. - Todos los lunes y viernes a las 21 y 30 por CX16 Radio Carve. - Todos los jueves a las 21 y 30 por SAETA T.V.

CASA MATRIZ - AVDA. AGRACIADA 2302
ESQ. MARCELINO SOSA - TEL. 20 09 61

SUCURSAL GOES - AVDA. GRAL. FLORES 2341
ESQ. MARCELINO BERTHELOT - TELS. 24 200 - 24 300 - 24 400

SUCURSAL CORDON - AVDA. 18 DE JULIO 1601
ESQ. CARLOS ROXLO - TEL. 40 41 11